



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO I.	PUNTOS DE SUSCRICION.	10 de Mayo de 1877	PRECIOS DE SUSCRICION.	Núm. 1.º
	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39, frente á la Torre de Tavira. Correspondencia literaria: Sra. D.ª Patrocinio de Biedma, Sacramento, 58.—Cádiz.		En Cádiz, un mes 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 25 » pesetas: seis meses, 13 id., un año 10 » En Cuba y Puerto Rico, trimestre 15 » Extranjero y repúblicas americanas, id. 15 »	
	No se devuelven los originales que no se utilicen.		No se servirá suscripcion cuyo pago no sea adelantado.	

COLABORADORES.

Asensi, D.ª Julia.
Calé de Quintero, D.ª Emilia.
Díaz de Lamarque, D.ª Antonia.
Grassi, D.ª Angela.
Gimeno, D.ª María de la Concepcion.
Graciella.
Ormaeche, D.ª Ermelinda.
Raitazzi, Madame.
Simón, D.ª María del Pilar.
Saez de Melgar, D.ª Faustina.
Albareda, D.ª José Luis.
Almenas, Conde de las.
Alfonso, D.ª Luis.
Arcimis, D.ª Augusto.
Alvarez Jimenez, D.ª Antonio.
Asquerino, D.ª Eduardo.
Alvarez, D.ª Miguel de los Santos.
Alcalá Galiano, D.ª José.
Balaguer, D.ª Victor.

Bürgos, D.ª Javier.
Borrego, D.ª Andrés.
Castelar, D.ª Emilio.
Cánovas, D.ª Antonio.
Castro, D.ª Adolfo.
Castro y Serrano, D.ª José.
Campoamor, D.ª Ramon.
Campos y Vassallo, D.ª Rafael.
De Gabriel, D.ª Fernando.
Doctor Thebusem.
Echegaray, D.ª José.
Fábregas, D.ª Salvador M.
Fernandor.
Fabraquer, Conde de.
Fernandez Grilo, D.ª Antonio.
Flores Arenas, D.ª Francisco.
Flores, D.ª Gerónimo.
Flaquer, D.ª Francisco de P.
Frontaura, D.ª Carlos.

Ginard de la Rosa, D.ª Rafael.
Giner de los Rios, D.ª Hermenegildo.
Guerrero, D.ª Teodoro.
Hartzenbusch, D.ª Juan Eugenio.
Herran, D.ª Fermin.
Harmsen, D.ª Alejandro.
Ibañez Pacheco, D.ª Pedro.
La Serna, D.ª A. Fernando.
Leon y Castillo, D.ª Fernando.
Leon Mainer, D.ª Ramon.
Lamarque y Novoa, D.ª José.
Miró, D.ª Juan.
Milans del Bosch, el General.
Moreno Espinosa, D.ª Alfonso.
Moya y Jimenez, D.ª Luis.
Mendoza, D.ª J. R. de.
Nombela, D.ª Julio.
Navarrete, D.ª Ramon.
Osorio y Bernard, D.ª Manuel.

Paz, D.ª Abdon.
Pongillioni, D.ª Aristides.
Pacheco, D.ª Francisco de Asis.
Rodriguez Arroquia, D.ª Angel.
Rodriguez Arroquia, D.ª Mauricio.
Revilla, D.ª Manuel.
Romero Ortiz, D.ª Antonio.
Steenackers, Mr. F. F.
San Miguel de la Vega, El Marqués de.
Sepúlveda, D.ª Ricardo.
Sagasta, D.ª Práxedes M.
Salvany, D.ª Juan Tomás.
Trueba, D.ª Antonio.
Vidart, D.ª Luis.
Vila y Blanco, D.ª Juan.
Vilar y Garcia, D.ª Casto.
Valero y Tornos, D.ª Juan.
Valera, D.ª Juan.
Vega, D.ª Benito M. de la.

SUMARIO.

La primera piedra, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Una carta de BENITO M. DE LA VEGA.—La falúa, por LORENZO MILANS DEL BOSCH, *teniente general*.—El que presta su caballo, por PEDRO IBÁÑEZ PACHECO.—El caminante, por JOSÉ ALCALÁ GALIANO.—El trabajo, por ALFONSO MORENO ESPINOSA.—A Patrocinio de Biedma, por RAFAEL GINARD DE LA ROSA.—El Padre Jacinto, por EMILIO CASTELAR.—Los enemigos íntimos, por TEODORO GUERRERO.—La flor del Cementerio, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Bibliografía, por BRUNETTO.—A los colaboradores del CÁDIZ, por P. DE B.—Advertencias.—Anuncios.

LA PRIMERA PIEDRA.

SUCEDÉ á veces que al tratarse de levantar un edificio de larga vida y altos fines, suele invitarse á poner en él la primera piedra á una mano débil y delicada, en tanto que otras fuertes y vigorosas se encargan de dar vida á la obra para que cumpla su mision de recreo y utilidad.

No hallamos imágen más propia para expresar lo que significa nuestro nombre al frente de esta publicacion: él es una prueba de nuestro incansable deseo de esparcir por el seno de nuestra sociedad el sentimiento de lo bello; el culto de las ciencias, de las artes, de la literatura, atmósfera ideal del alma que sa-

turando el pensamiento con las ráfagas de una vida nueva le inspira esas delicadas sensaciones que modifican, por decirlo así, la rudeza de sus instintos.

El barómetro más seguro para medir el estado intelectual de un pueblo, son, sin duda, sus obras artísticas.

El engrandecimiento material; la calma política; el estado floreciente de la industria; el desarrollo de la riqueza, forman un estado de bienestar general, en el cual brotan y se desarrollan con vigor admirable las obras del genio, que en la atmósfera abrasada de las revoluciones, en la oscilacion constante de las convulsiones públicas, si bien nacen obedeciendo á la ley eterna de la vida, mueren empobrecidas, sin haber podido brindar con sus frutos de consuelo; abrasadas bajo el sopro ardiente de las ambiciones materiales, de los viles egoismos, de los pequeños cálculos que se deshacen en mequinos desengaños.

Para llevar á un pueblo á su regeneracion, para hacerlo digno de conseguir y conservar su engrandecimiento, hay que educarlo en ese alimento intelectual que se llama ilustracion; hay que esparcir sobre la realidad sombría de sus miserias, la idealidad brillante de las artes, despertando sus aspiraciones por el bien y para el bien; hay que mostrarle esos ignorados caminos que á tan altos destinos conducen; hay que hacerle saber que Dios le ha dado un pensamiento y un corazon, y que cada hombre está obligado á saber pensar y á

saber sentir, si quiere ser en el gran concierto de la vida algo más que un puñado de polvo animado para las groseras sensaciones, muerto para los altos fines de las aspiraciones del alma.

El talento es como una intuicion misteriosa que lleva al individuo más allá de lo visible, más allá de lo conocido y medido por la fria razon, puesto al servicio de las necesidades del hombre. Su marcha irregular, como todo lo que es impulsivo y no meditado, suele extraviarse á veces en lo fantástico y en lo ilusorio, pero reponiéndose por una reaccion natural, encuentra, hasta en sus errores, motivos de enseñanza.

Desde el primer rayo de luz que vierte la historia en las oscuridades de los siglos, se nos demuestra que el genio, con una palabra que se ha deslizado espontánea en la corriente de sus ideas; con un accidente que ha dibujado su fantasía en ese sonambulismo de la inspiracion que ilumina de brillantes colores el abismo nebuloso de los sueños, ha creado un problema que ha descifrado y utilizado la ciencia, ó bien inconscientemente, ha despejado la incógnita de otros que la razon creía indescifrables.

No es sólo un agradable solaz lo que una publicacion esencialmente literaria y artística puede ofrecer á la curiosidad popular y al ocio aristocrático; es algo más que eso; es una enseñanza velada en las espiritualidades de la fantasía; una constante advertencia á la inte-

ligencia adormecida; una atracción hacia lo bello, lo bueno y lo útil que puede ser de grandísima importancia en la vida social.

Una prueba de lo hondamente que han perturbado á esta desgraciada nación, tan rica en ingenio como en desventura, las tristísimas convulsiones que han desgarrado su suelo, se nos ofrece en esa decadencia de nuestra literatura, de nuestras artes, de nuestras ciencias, más visible cada día, á pesar de los generosos esfuerzos que los mártires de la idea, los apóstoles de la inteligencia hacen para evitarlo.

El poder absorbente de la política que es la vida del día, la impresión del momento, la base de mezquinas ambiciones que brotan y se deshacen con la vida efímera de los fuegos fatuos, siendo así que pocas de sus aspiraciones se afirman en una base de patriotismo desinteresado; la forma especial que requiere la literatura política, que ataca ó defiende, generalmente, con la misma intención punzante, con idéntica sangrienta ironía, con ese estilo cáustico, incisivo, que hiere á escondidas, velando la intención, en una palabra, de distintas acepciones, en un giro de interpretación diversa, esa literatura de enigmas y equívocos que surge y pasa y se olvida, como olas que van y vienen en un mar sin límites, vá matando lentamente la literatura propiamente dicha, de majestuosa frase, de elevado estilo, de dicción castiza, de sublime belleza, de atavíos ideales.

El periodismo mata al libro lentamente, y para evitarlo hay que propinar á la sociedad el remedio allí donde encuentra el mal; hay que darle la literatura en pequeñas tomas; hay que desleír el libro en el periódico, á fin de que se le acepte.

Para hacérselo atractivo, es fuerza que la variedad, la belleza, la elevación de los asuntos que dan vida á una publicación sean tales, que justifique la evolución del gusto popular hacia un género nuevo, es preciso que fije ese pensamiento indeciso entre la materialidad grosera y la idealidad exagerada, y de esta idea nuestra nace la convicción que abrigamos de que los periódicos literarios son de grande, de gradísima importancia en el estado actual de nuestra sociedad, pues ellos pueden, lentamente y con el influjo de las ideas que están encargados de esparcir, trasformarla y regenerarla.

No olvidamos,—¿cómo hemos de olvidarlo si recordamos con orgullo que hemos tenido la honra de colaborar en casi todos ellos?—que hay muchas publicaciones de la índole que indicamos en España, pero no ignoramos tampoco que por rara excepción se encuentra alguna de ellas en provincias, concentrándose todas las demás, con un exclusivismo que no se explica, en Madrid.

Romper esa especie de círculo tradicional que encierra en la corte los grandes ingenios; no ir á la montaña, como Mahoma, sino hacer que la montaña venga á nosotros, es decir, no dejar que Madrid nos absorba, sino alcanzar que los talentos que allí han conseguido un nombre ilustre nos presten su concurso, y al mismo tiempo darles á conocer los esclarecidos escritores que, sin duda por indolencia del carácter meridional, se olvidan ellos mismos de su valor, y vejetan en provincias, tal ha sido la idea que nos ha guiado al fundar esta revista.

Al declararlo así no tenemos ni vanidad ni soberbia, sino una gran confianza en que la voluntad decidida lo alcanza todo, y una esperanza sin límites en el apoyo de nuestros amigos.

Además, ya lo hemos dicho: nuestra débil mano fija la primera piedra en este CÁDIZ ideal que ha de dar á conocer, y esa será nuestra mayor gloria, lo que vale la ciudad que le dá nombre.

No hemos publicado prospecto, y fuerza se-

rá que expliquemos ahora nuestra intención; ya que hemos suprimido la promesa, vengamos al hecho.

En primer lugar, el nombre de nuestra revista es una prueba y un recuerdo de nuestra gratitud.

La que al poner el pié en este suelo encantador comenzó á recibir pruebas de aprecio y simpatía que no ha visto desmentidas; la que tuvo la honra de presidir una notable sesión, que probaba la cultura, la inteligencia, la elevada ilustración de los hijos de Cádiz; la que les debió el honor de ocupar un puesto entre sus académicos; la que debió á su prensa, sin distinción de colores ni matices, tan entusiasta como espontánea acogida, tiene el deber de elevar el nombre de Cádiz sobre todos sus recuerdos, sobre todas sus afecciones, y al fijar aquí su nido, como pobre golondrina viajera que descansa en el oasis donde bebe con el viento que humedece sus alas en las espumas del Océano, la salud del cuerpo; con la calma y la dicha que las simpatías de sus amigos la ofrecen, la vida del alma: al fijarse aquí, decíamos, sueña para este puerto bellísimo todas las ventajas, todas las glorias, todas las grandezas; dá á sus sueños la forma de una revista, y para coronarla, para engalanarla, para honrarla, para personificar en ella el nombre que resume su gratitud, su admiración y su entusiasmo, la llama CÁDIZ que es, ó debe ser, lectores, sinónimo de gloria.

Pues bien, nuestro CÁDIZ, para que imite lo más fielmente posible á su homónimo, procurará, como la culta ciudad, encerrar ciencias, artes, literatura, revistas de salones, de teatros, de modas; crónicas en que se de cuenta de los acontecimientos más importantes del mundo en todas las esferas, hasta en la política: no se alarmen los lectores; esa especie de langosta del pensamiento no invadirá nuestros campos literarios; éstos sólo tienen flores, y ella busca las espigas.... mencionaremos su paso y las huellas que deja en el campo social, como un acontecimiento, ya que tanta y tan decisiva influencia ejerce en todo.

Daremos amenas variedades; artículos científicos; poesías; novelas, ligeras pero agradables y de perfecta moralidad: destinaremos una sección á dar cuenta del movimiento literario, ocupándonos de las obras que se nos remitan, y finalmente, contestaremos á nuestros favorecedores en una *correspondencia* que publiquemos.

Ahora, rogamos á los gaditanos que miren en esta revista un lazo de unión, que ha de enorgullecerse de ver en sus páginas los nombres todos de tanto y tanto escritor tan modesto como discreto; y esperamos que, una vez puesta la primera piedra, unirán sus esfuerzos inteligentes á nuestra buena voluntad para ver terminado el edificio.

PATROCINIO DE BIEDMA.

UNA CARTA.

Señora Doña Patrocinio de Biedma,
Directora del CÁDIZ.

DISTINGUIDA amiga mía: Me honras pidiéndome que te envíe para el primer número de tu elegante publicación una noticia biográfica de la gran escritora que acaba de pasar del mundo de los vivos al mundo de la gloria, y tú que sabes el entusiasmo con que yo admiro el genio de la mujer, no puedes dudar de la satisfacción con que te complacería dándote cuantos datos recuerdo acerca de FERNAN-CABALLERO, que yo conocí y traté con el nombre que

llevó en el mundo social, con el de Doña Cecilia Bolh de Faber y Larrea, oculto bajo el pseudónimo que su talento supo hacer ilustre.

Nada más grato para mí que consagrar mi pobre ingenio y mi humilde pluma á ensalzar el nombre de la insigne escritora cuyas obras admiro tanto como tú, y nada más doloroso que tener que negarme á cumplir un deseo tuyo, con el cual tanto honor me dispensas, pero la desgracia de familia que acabo de experimentar me priva, al par que de la calma y el gusto que un trabajo literario requiere, y más si en él han de acumularse datos históricos y bibliográficos, del tiempo material que necesitaría para buscarlos, y que hoy me reclaman asuntos de particular interés.

Te ruego, pues, que me dispenses esta falta, y te prometo solemnemente dedicar á tu CÁDIZ algún trabajo, que sólo tendrá el valor que le preste el estar publicado bajo tu dirección, y como á la sombra de tu brillante nombre.

El sentimiento de no poder complacerte, y mi deseo de probarte en cuanto estimo yo el recuerdo de la ilustre escritora que, según se cree, nació en donde yo nací, en el bello Puerto de Santa María, me hace proponerte lo que acaso tú misma has pensado ya; que utilices tu publicación para pedir al Ayuntamiento de esta culta ciudad que la honre dando á una de sus calles ese nombre de FERNAN-CABALLERO, inmortal en los anales de nuestra literatura.

¡No siempre han de honrarse á los héroes de barricadas!...

¡No sólo glorias sangrientas ha de conmemorar esta capital que ha olvidado que nacieron en su seno hombres como Cadahalso, como Alcalá Galiano y Gonzalez Brabo, que honraron nuestras letras y nuestra tribuna; y ha olvidado también (si lo dudas, Patrocinio, te diré como prueba que se ha borrado su nombre de la plaza en que nació); ha olvidado, decía, á nuestro gran orador, á EMILIO CASTELAR, gloria, no ya de España, sino de su siglo, del mundo entero!...

Dejando á un lado tristes recuerdos, que acaso me llevarían muy lejos, me concretaré á FERNAN-CABALLERO, es decir, á cumplir con tus deseos.

Si tu proposición no se acepta; si el Ayuntamiento desatiende tus ruegos, que son los de todos los amantes de las letras, que forman la mayoría de los gaditanos; si buscas otro medio de honrar su memoria, cuenta con mi humilde óbolo, el primero, y cuenta con mi decidida voluntad de ayudarte á ensalzar el recuerdo de la que vivió la vida poderosa del genio, que es tarea asaz grata para los que como yo tan sinceramente le admiran.

Ofreciéndote de nuevo mis disculpas por no cumplir tus órdenes, y felicitándote por la creación de un periódico que honrará á Cádiz con su importancia, como me honra á mí con la distinción que me ofrece, se repite tu más entusiasta admirador y apasionado amigo q. b. t. p.,

BENITO M. DE LA VEGA.

Habíamos suplicado, en efecto, á nuestro querido amigo y colaborador D. Benito M. de la Vega que, debiendo conocer detalles de la vida íntima, de los gustos, de el carácter de la respetable señora cuya muerte lloran hoy las letras patrias, y á quien ha tratado con la confianza de una cariñosa amistad, nos diera una noticia biográfica suya para el CÁDIZ, y al mismo tiempo un ligero juicio de sus obras, que tendria esa facilidad espiritual y cáustica, á un tiempo, si se nos permite unir en una frase tan distintas cualidades, que dan un sello característico al talento, esencialmente crítico, del Sr. Vega.

La desgracia de familia que ha experimentado—y que sentimos con él—es disculpa muy justa y no nos atrevemos á insistir, tanto más cuánto, si no nos dá un juicio crítico, ni una biografía, nos dá una idea, lo cual vale infinitamente más.

No pudiendo aprovecharnos de la gloria de esa iniciativa, publicamos su carta, y poniendo en práctica desde luego su indicacion, la Directora y Redaccion del CÁDIZ piden al muy digno Ayuntamiento de esta ciudad que, escuchando los ruegos de los que rinden culto al talento, se sirva cambiar el nombre de la calle del *Aire*, donde vivió la insigne escritora, por el de FERNAN-CABALLERO que recordará á los gaditanos una gloria nacional, y probará á propios y extraños la cultura de esa ilustre Corporacion.

Aceptando tambien, en su gran valor, la idea de honrar su memoria, el CÁDIZ pone sus columnas á la disposicion de todos los admiradores de la autora de *Lágrimas*, para que propongan el mejor medio, abriendo una suscripcion que tendrá por objeto ofrecerla una modesta corona, que, como muestra de la consideracion de Cádiz, será colocada en su sepulcro.

Los nombres de los que contribuyan á ella se publicarán en nuestra revista, recibiendo los donativos en su redaccion.

Creemos haber interpretado así los sentimientos, que le honran, de nuestro amigo, y le damos las más afectuosas gracias por habernos inspirado un pensamiento del cual siempre estaremos orgullosos.

LA FALUA.

ESCENA DE LA VIDA.

Yendo en pos del amor
halló la nada.

1.ª

Raudo viento que así impeles
Mi barquilla al navegar,
Deten, ay! fugaz las olas
Que la van á derribar.
Vogar, vogar marineros
Que el puerto diviso ya,
Pues propicio vuelve el tiempo
Y se calma el temporal.

2.ª

Triste trovador errante,
A tí su suerte entrego,
Que atrevido es el mancebo
É indómito el corazón.
Ora, oh virgen, por tu amante,
Pues su vida en riesgo está,
Que los ruegos de una virgen
Al cielo deben llegar.

3.ª

Andaz y fuerte el remero
Triunfar del hado creyó,
Mas, ¡ay triste, la esperanza
Le arrebató el aquilon!
Vogar, vogar marineros
A babor y á estribor,
Que Dios protege esforzado
Del marinero el valor.

4.ª

Inútil fué tanto esfuerzo,
Inútil tanto teson,
La falua en cien pedazos
Entre peñas se estrelló,
Y un quejido exasperado
Mezcla de pena y amor
Al rebramido del viento,
Entre las olas se oyó.

LORENZO MILANS DEL BOSCH,
Teniente general.

El que presta su caballo....

CUENTO.

Dicen autores ilustres
que fraguaron unos cuantos
señoritos, de un lugar,
al toreo aficionados,
una famosa corrida
para festejar al santo
titular de dicho pueblo
que creo era San Macario;
y poder lucir en ella
su habilidad y su garbo
en el arte peligroso
de Costillares y el Cándido,
al que dichos caballeros
se sentían inclinados.
Discutióse largamente,
la distribucion de cargos
y señalóse, por fin,
después de un debate largo
en que todos pretendían
los puestos más arriesgados,
quiénes serían peones
y quiénes los de á caballo.
Tocóle ser picador,
en semejante reparto,
al joven Pepe Fernandez,
moceton robusto y alto:
pero que estaba mi hombre
desprovisto de cuartágo;
y como preciso era
llevarlo al interesado
y no habia mucha mosca
para poder alquilarlo,
tuvo el señor de Fernandez
que ir á pedirlo prestado
á un amigo, que tenia
un potro tordillo claro,
animal tan peregrino
que de verlo era un encanto.
«Compadre, yo necesito
me preste usted su caballo,
dijo el Fernandez, que tengo
que salir con él al campo.»
«Corriente.» Contestó el otro,
cual si le hubieran sacado
una muela, al escuchar
la peticion de su jaco;
porque tenia en él puestos
mil amorosos cuidados;
mas no pudiendo evadirse
del compromiso del caso
que enjaezaran al tordillo
ordenóle á su criado,
y cuando ya, casi listo,
estaba para entregarlo,
no pudiendo contenerse
convulso, nervioso y pálido,
dicen que le dió al Fernandez
esta cáfila de encargos:
«¡Por Dios, le suplico á usted
que no lo saque del paso,
no sea que el animal
vaya á venir muy sudado,
y no es acreedor mi potro
á que le den un mal rato.
Como tiene mucho genio
es preciso irlo templando:
no lo recoja usted mucho,
porque no está acostumbrado.....
y le advierto, ántes de todo,
que conviene no obligarlo.
Llévelo usted por la sombra
porque el calor le hace daño;
y en cuanto á espuelas y vara
eso, amigo, ni pensarlo.....

Acaricielo usted mucho.....
y que venga sosegado
y á su amor, enteramente,
que me estoy en él mirando.»
«Compadre, dijo Fernandez,
cavalcando sobre el jaco
aflanzado en los estribos,
agradezco los encargos:
pero hiciera usted mejor
que habérmelos á mí dado
en hacérselos al toro,
que es el que puede observarlos.»
«¿A qué toro dice usted?»
«¿A cuál ha de ser, cristiano?
al que yo voy á picar
esta tarde en su caballo.»

PEDRO IBAÑEZ-PACHECO.

EL CAMINANTE.

Yo soy el desterrado, yo soy el peregrino
Que por el mundo va;
No sé de mi jornada, no sé de mi camino
El término dó está.

Yo busco de mi mente la patria suspirada,
Y donde está no sé;
Yo sin descanso corro tras la region soñada,
Quizás no la hallaré.

Muestra de una esperanza la luz, y el caminante
Irá derecho allí;
Acógele amorosa, y el peregrino errante
Se detendrá ante tí.

Quizás en tu regazo terminen los dolores
De que afligido huyó;
Tal vez es tu hermosura, tal vez son tus amores
La patria que soñó.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

EL TRABAJO.

Dijo Dios al triste Adán
humillado y delincuente:
«con el sudor de tu frente
gana en adelante el pan.»
Y el hombre con rudo afán
cumple el decreto divino,
que del progreso el camino
abre al humano linaje,
pues el estado salvaje
fuera, sin él, su destino.

Hecho el hombre labrador,
rasga el seno de la tierra
y en el surco un grano encierra
que va empapado en sudor:
la semilla se hace flor
y luego da por tributo
el áureo y precioso fruto
que trigo lleva por nombre,
y que ha redimido al hombre
de la condicion del bruto.

Mas el guerrero, que acecha
la madurez de la espiga,
al agricultor obliga
á cederle su cosecha.
De su crimen satisfecha
ya puede la fuerza estar;
pues ha logrado encontrar
en su espada victoriosa
una manera gloriosa
de vivir sin trabajar.

La guerrera casta empieza
á formarse de esta suerte,
y la holganza se convierte
en título de nobleza:
la humana naturaleza
así se niega y rebaja,
y aún al mismo Dios se ultraja;
pues con su aliento fecundo
hizo de la nada el mundo,
y en conservarlo trabaja.

Menospreciando el guerrero
del trabajo la virtud,
con marca de esclavitud
selló su frente al obrero.

Vedle: se llama primero sudra y pária, luego ilota; y ese siervo, á quien azota el señor feudal sin pena, nos dice que la cadena del esclavo no está rota.

Mientras las guerras brutales sacaban todo de cuajo, en sus hombros el trabajo alzaba las catedrales. Con esfuerzos colosales llevó á cabo cuanto quiso: hoy tiene al orbe sumiso, y con su magia secreta ha convertido el planeta en un nuevo Paraíso.

Por él un alambre ardiente hoy corre de zona en zona, como espléndida corona que ciñe el globo á su frente: uno y otro continente estrecha en lazo amoroso; y juzgándose dichoso en ser de la ciencia siervo, lleva en sus alas el Verbo de este siglo prodigioso.

Ved ya juntas en un beso olas de distintos mares que entonan dulces cantares á la ciencia y al progreso. Si creyente con exceso, tan sólo alzaba otra edad monumentos de piedad, de este siglo será gloria marcar su paso en la historia con obras de utilidad.

Marcha por nuevos caminos la generación moderna: hoy el talento gobierna y rige nuestros destinos. Los vetustos pergaminos y de púrpura el andrango ven al presente muy bajo el nivel de su eficacia: hoy surge la aristocracia de la ciencia y del trabajo.

Si ayer la guerrera trompa sonaron hijos de Apolo, hoy al trabajo tan sólo cantarán con mayor pompa. Ya es preciso que se rompa todo belicoso lema, y, cambiando de sistema, salga de la edad presente en verso digno y valiente del trabajo el gran poema.

ALFONSO MORENO ESPINOSA.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

(DEDICÁNDOLA UN LIBRO.)

Muy tarde vá el soneto prometido, pero al fin vá con alas presurosas á decirte esas frases cariñosas que sólo se murmuran al oído.

Mi libro, de placer estremecido, vuela á tus manos de jazmin y rosas; pobre y humilde espera que piadosas lo acojan, como al ave acoge el nido.

Estas páginas son, Musa querida, páginas locas, al azar rasgadas, del agitado libro de mi vida.

Mírenlas tus pupilas inspiradas, creeré que al tú mirarlas conmovida, toman algo inmortal en tus miradas...

Madrid: 1877.

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

EL PADRE JACINTO.

ITERLAKEN, ***

BÁLLOME en el corazón de los inaccesibles Alpes, entre las aguas de Brienz y las aguas de Thun; al pie de las nieves eternas que relumbran como diamantes gigantes; á la sombra de oscuros bosques de pinos

que brotan de todas las peñas y cubren todos los montes no cubiertos por las cimas de cristal; entre verdes praderas que rodean de menudas flores y de mullidas alfombras los pies de las agrias sierras; oyendo cómo los ríos del color de la esmeralda y de los cambiantes del ópalo van á dormirse, á serenarse, á repetir el cielo que los cubre y los verjeles que los bordan, en esas copas de zafiro llamadas los lagos de Suiza.

¿Cómo en el seno de esta naturaleza hablar de las cóleras, de las luchas, de las venganzas de los hombres? ¿Cómo al ver la creación inmortal, engendrando siempre, haciendo de la muerte una metamorfosis de la vida, evocar el recuerdo de la política corriente, con sus pasiones implacables, con sus guerras continuas, con su desolador fanatismo?

Los hombres han querido manchar la naturaleza y no lo han logrado. La enturbian alguna vez, pero no la oscurecen jamás. La sangre que allí vertieron, hase por completo borrado de las aguas de Trafalgar y Navarino. Sobre Moratz, sobre Waterlóo, en aquellas colinas de cadáveres, en aquellas cañadas de humanos huesos, en aquellas sepulturas llanuras, la savia de la vida ha ocultado los despojos del odio, y ha elevado una vegetación donde van á alimentarse innumerables seres. Pero en el mundo de la política, en ese mundo superior á la naturaleza, los errores son irreparables, las desgracias eternas. ¿Quién volverá á la libertad las generaciones muertas en la servidumbre? ¿Qué mano será capaz de levantar otro Parhenon sobre las ruinas del antiguo con la espontaneidad y la fidelidad con que la naturaleza abre una flor, ó brota un tallo donde otra flor ú otro tallo se han secado? ¿Quién podrá recuperar los estragos de un día como el día de Farsalia, ó de una noche como la noche de Filipos, en que mueren la libertad y la república romana? ¿Serán los emperadores que llenan por cinco largos siglos el mundo de podre? ¿Serán los bárbaros que vienen á curar esta podredumbre con el hierro y el fuego, con el incendio y la matanza? Por eso la libertad humana, que levanta un mundo, el mundo del arte, del derecho, de la religion, del Estado, sobre ese otro mundo inferior de la naturaleza, debía, sin perder su fuerza moral, que es la característica de su ser, y sin renunciar á la lucha, que es el aguijón de sus progresos, imitar en su regularidad, en su armonía, en su perfección al Cosmos, y dar á sus propias leyes dictadas por el humano arbitrio una espontánea, sí, pero completa y absoluta obediencia.

Mas, ¿qué no mancharán los hombres cuando manchan la idea religiosa? ¿Conoceis algo que más haya sostenido, inspirado, consolado, fortalecido al género humano que la idea religiosa? Naceis y os habla de un origen divino y de una prosapia casi angélica; creceis, y os abre al vuelo de la imaginación sus horizontes eternos, á los vagos ensueños de la mente el paraíso de sus leyendas; sentís, y consagra con la eternidad el amor, con la santidad de sus ritos los goces de la familia; pensáis, y os evoca las ideas de Dios, de la creación, del arquetipo eterno, del principio y fin de todas las cosas, del Océano de luz en que se bañan el espíritu y la naturaleza; padecéis, y os mueve á la conformidad, á la resignación, á tomar los dolores como necesarias regeneraciones, las lágrimas como necesarios bautismos; envejecéis, y os purifica y os renueva la vida con sus eternas esperanzas; morís, y después de haberos fortalecido para el último combate y consolado en la última agonía, se sienta sobre la losa del sepulcro, batiendo sus alas de ángel, alargando sus inmaculados brazos resplandecientes de luz, en medio de las tinieblas de la muerte, para señalaros vida sin límites en el seno humildes criaturas! de vuestro divino Creador.

¡La religion! Dios la habia puesto en las cimas de la vida para que fuese un manantial clarísimo de consuelos, y los hombres tratan de convertirla en instrumento de sus odios. Se levanta un día extraño fanático, medio perdido de demencia, á apuntar y asestar una bala al hombre que ha engrandecido su patria, y algunos periódicos religiosos evocan las antiguas teorías sobre el tiranicidio. Habla Disraeli en la Cámara de los Comunes, y anuncia inminentes catástrofes á Europa. Cualquiera creeria que el origen de estas catástrofes iba á estar en las cuestiones territoriales ó en las cuestiones de raza, y declaran los hombres de estado ingleses, que lo más sombrío, lo más negro del horizonte político, es la cuestión religiosa. Gladstone se levanta y confirma estos recelos, y repite la expresión de estos acerbos temores, y les dá por causa principal, por causa única, el absorbente cesarismo religioso, que pretende anular la libertad de la conciencia humana.

Hasta la tranquila Suiza aparece profundamente conmovida. Elogiaba yo á un trabajador ginebrino, dotado de ese maduro juicio que da la práctica constante de la libertad, el admirable espectáculo de esta democracia, tan soberana de sí misma y tan esclava de las leyes, libre y pacífica; con todos sus derechos, y sobre todos sus derechos asentados, como sobre leyes incontrastables, el orden más completo y la moralidad pública más pura. Haciale notar cómo los partidos enemigos de la Constitución últimamente promulgada, cual ese partido ultramontano de Lucerna, después de haber combatido el nuevo Código en lucha más desesperada, se someten á él con la abnegación más heroica, y lo practican con la escrupulosidad más sincera. Recordábale las oportunas palabras del Presidente de la Confederación, evocando la memoria de aquellos partidos que mientras se discutió el Código de 1848 lo combatieron sañudamente, y cuando se ha tratado, á los veinte años, de alterarlo, han tenido que defenderlo como si fuera su propia obra; todo lo cual inspiraba la esperanza de ver á esos mismos partidos, hoy tan conmovidos, defender dentro de veinte años la Constitución de 1874, cuando llegue la sazón de alterarla con necesarias reformas. De todo esto, de la facilidad con que los cantones y los partidos derrotados en la última contienda electoral se han sometido á la mayoría, sacaba yo la consoladora consecuencia de que la democracia, la libertad, la República nada podían temer ya en el privilegiado suelo de Suiza.

Pero observó mi interlocutor que hay algunas sombras y espesas en esta bienandanza, como, por ejemplo, la cuestión religiosa. Efectivamente, hace ya algun tiempo me quejaba yo de que los gobiernos suizos, desconociendo la verdadera naturaleza del Estado y la necesaria independencia del derecho, salieran de los estrictos límites señalados á su autoridad para legislar sobre el dogma, que es privativo de las respectivas Iglesias, y sobre la fé, que es privativa de cada conciencia. A lo más que tiene derecho un gobierno es á regular las relaciones del Estado con la Iglesia; pero definir el dogma, señalarlo, mandar ó prohibir que se crea en la infalibilidad, tener por más católicos á los que aceptan el Concilio Vaticano, por más protestantes á los que exageran el principio de la gracia divina, todo eso es atentar á la libertad del pensamiento, violar la conciencia humana, atribuirse facultades en oposición abierta con el carácter laico de las instituciones modernas, y reabrir el largo sangriento período de las guerras religiosas con una derogación de las ideas democráticas en que debe animarse toda verdadera República.

Y en efecto; el P. Jacinto ha publicado una carta, separándose de la llamada Iglesia católica liberal, sin duda porque nada tiene de

Iglesia, de liberal, ni de católica. Yo he tenido siempre por el P. Jacinto la admiración que por todos los grandes oradores. Recuerdo el día que le oí predicar por vez primera. Un amigo me proporcionó el asistir á un sermón y á una misa de Cuaresma en la capilla del palacio imperial con asistencia de los emperadores. Un cardenal había predicado muy mal del Evangelio, y la célebre Nilson había cantado muy bien, maravillosamente, en el alzar á Dios. El sermón del cardenal, lleno de espíritu político más que de espíritu religioso, me había causado honda y penosísima impresión, pues no hay que buscar las cimas del idealismo en sociedad donde hasta el púlpito se oscurece con nuestras sombras y se agita con nuestras bajas tempestades. Escribía entonces para los folletines de un periódico liberal de América revistas, digámoslo así, fisiológicas de la ciudad de París, y estudiaba desde las manifestaciones políticas hasta las manifestaciones religiosas; desde sus costumbres hasta sus ideas. En Cuaresma iba á las iglesias. Ví en una noche de esta época de penitencia entrar las gentes con precipitación y con interés, en gran número, á modesta iglesia, y entré. Predicaba un fraile, con su traje monástico, cosa de mí jamás presenciada por las iglesias de nuestra católica España, y debo decir que aquel traje le daba cierto aspecto artístico, y aumentaba esa majestad exterior á que hemos llamado con los latinos prestancia oratoria. Su voz de tenor, clara, melodiosa, flexible á las menores emociones, expresiva; ora sibilante, cuando la llenaba acre ironía; ora tierna y lacrimosa cuando la henchía el dolor, ora sonorosísima como el trueno del Sinaí, me fijó allí hasta el punto de que no hubiera podido moverme, gracias al magnetismo de su magia. Yo no he podido explicarme á satisfacción el decaimiento en nuestro siglo de la oratoria religiosa, en este siglo que ha engendrado en la oratoria política, cuando apenas se había extinguido la voz de Chatam, de Mirabeau y de Vergniaud, una pléyade tan luminosa de grandes oradores. Las ideas teológicas son por sí mismas elocuentes. A Bossuet le es muy fácil tocar hasta las últimas fibras del corazón humano con la sencilla frase: *Madame ha muerto*, y le es muy difícil á Pitt conmover á nadie con una cifra del presupuesto. Si la elocuencia religiosa hubiera sido posible en nuestro tiempo, ¿se concibe que no la abrazaran dos oradores tan grandes como Lamartine y Donoso? El primero hubiera sido tierno y dulce cual San Juan al escribir su Evangelio, y el segundo tonante y sublime cual Ezequiel é Isaías entonando sus endechas. Cuando dos almas así no abrazaron la carrera religiosa, es porque indudablemente el siglo no tiene vocaciones teológicas. El P. Jacinto parecía destinado á operar una revolución. Su voz posee unción, su estilo sobriedad y sencillez, sus ideas frisan muchas veces con el tipo de lo sublime. Un espíritu democrático liberal, en consonancia con el Evangelio, corría por aquellos sus candentes períodos, y les daba la delicia que á calurosos días refrigerantes brisas. Yo lo oí con fija atención, hasta con verdadero entusiasmo, y le deseé que no se deslizara por la pendiente de la política diaria. Así podía, independientemente de los intereses del momento y de las pasiones de partido, recordar á los humildes cómo se precipitan en la servidumbre los pueblos faltos de un freno moral, y á los poderosos cómo se estrellan contra lo imposible y lo absurdo en el empeño de borrar estas tres ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, consagradas todos los días en los altares, cuando se consagra y se conmemora el sublime sacrificio de Cristo en las aras inmortales de su Calvario.

Pero el cielo no oyó más votos, y el P. Jacinto no correspondió á mis esperanzas. Co-

menzó por asistir á las sesiones de la sociedad de paz perpétua, y concluyó por entrar en plena tormenta política. Mas ya que había entrado en la política deseaba yo ver al sacerdote católico defendiendo la libertad sin separarse, si era posible, del dogma. Los que en el combate entre la razón y la fe hemos optado por la razón, verdaderamente no tenemos derecho á descorazonar á cuantos intenten con desinterés completo reanudar la rota armonía. Por lo mismo que lo hemos intentado y no lo hemos conseguido, yéndose unos con la fe, yéndose otros con la razón, debemos atribuir la gracia más que á lo imposible de la empresa en sí á lo escaso de nuestros méritos, y á lo débil de nuestras fuerzas. Pero bien pronto el P. Jacinto se salió casi por completo de la ortodoxia católica.

Aún tenía yo esperanzas de que volviera sobre sus pasos y desanduviera el camino andado, saliendo de las vías políticas para entrar en las puras vías religiosas, y desde ellas, sin más pensamiento que el culto á la verdad, sin más interés que la práctica del bien, mostrara á unos el espíritu social y disciplinario, á otros el espíritu democrático y republicano del Evangelio, á todos la necesidad de elevarlo nuevamente á ideal de esta vida para combatir y contrastar el egoísmo de este siglo.

Leí una carta suya que profundamente me conmovió de nuevo, y me recordó el fraile humildísimo de la iglesia de París. Era tierna dedicatoria á uno de sus compañeros de San Sulpicio, muerto en el ministerio del Episcopado. Sobre todo, cuando hablaba del sacrificio de los goces purísimos de la familia para adoptar la inmensa familia de los desgraciados, su elocuencia arrancaba á los más empedernidos lágrimas de dolor y de ternura. Decid en buen hora cuanto queráis sobre sus privaciones y sobre los peligros de estas privaciones; tiene grandeza moral, grandeza real, aquel hombre que en la primavera de la idea, en el hervor de la sangre, renuncia á todo lo que más habla á un tiempo al espíritu y al sentido, para consagrarse á la fundación de las ajenas familias con el mismo interés que si fueran propias; para luchar con el mal, para persuadir á los descarriados, para enderezar á los descarriados, para sostener á los enfermos, para consolar á los moribundos, para recoger y guardar en sus altares las cenizas de los muertos cuando todos los abandonan, y en sus oraciones el recuerdo de los muertos cuando todos los olvidan; para dejar á los demás los goces y beberse á tragos la amarga hiel de la vida. Pero á los pocos meses de haber escrito la apología de este sacrificio, el P. Jacinto se casó, con la extraña pretensión de ser tan católico y tan clérigo como antes de su casamiento. Y luego convino con el gobierno federal de Suiza y con el Consejo de Estado de Ginebra en presidir una Iglesia que se llamaba católica y prescindía del Papa, que se llamaba liberal, y se ponía por sobre de servidumbre y falta de independencia á servicio del Estado. Y ahora se aparta de esta Iglesia también.

Así he oído juzgar de muy varias maneras su conducta. Unos dicen que ha querido protestar contra la exoneración por el estado de los curas ortodoxos, y contra el juramento semi-político exigido á éstos y atentatorio á la libertad de conciencia. Otros califican su proceder más duramente. Al vuelo he cogido dos ideas. Primera: que el P. Jacinto es demasiado impresionable y voluntarioso. Segunda: que el P. Jacinto después de tantos rompimientos con Roma, guarda en conceptos de sus nuevos correligionarios sobrada fidelidad á Roma. Esto ha venido hoy á abrir las heridas y á renovar las zozobras religiosas.

Pero al fin todo pasa en la purísima esfera del debate. Yo conozco una tierra de Es-

paña, donde hay sacerdotes como el cura Flix, el cura Santa Cruz ó el obispo de Urgel, que en vez de cumplir el mandamiento fundamental impuesto por Cristo á su divino ministerio, de ir entre las gentes como ovejas entre lobos, van como lobos entre ovejas; y las manos que debían empuñar la cruz, empuñan el trabuco; y los cuerpos que debían ceñir la alba túnica del sacerdocio ciñen el uniforme del faccioso; y los labios que debían proferir bendiciones en el templo del Señor, profieren maldiciones en el campo de la guerra; y el pensamiento que debía resucitar á los muertos, como Cristo resucitó á Lázaro, mata á los vivos como Nerón ó como Domiciano; siendo horror de la conciencia humana y ludibrio y mengua de nuestro glorioso nombre.

Pero volvamos al P. Jacinto. A no dudarlo, el buen carmelita comprende que su unión con el Estado, aunque haya sido un Estado tan republicano como Ginebra, daña hondísimamente á su ministerio y á su obra; los sectarios son más intolerantes siempre y menos ilustrados que sus maestros. El P. Jacinto ha querido enseñar á sus nuevos discípulos que las obras religiosas deben brotar de la espontaneidad social, y no de la coacción autoritaria, cuando querían á toda costa que el Estado persiguiera á sus antiguos correligionarios, y los amparara providamente á ellos. Querían además que les entregara el templo de Nuestra Señora, obra de los católicos ortodoxos, levantada con sus limosnas, resplandeciente de su espíritu, contraria desde las piedras hasta los cuadros al espíritu que anima á la nueva secta. Y querían que se obligase á los curas á prestar juramento á muchas leyes que en nada se relacionan con la política y con las instituciones; á muchas leyes de carácter religioso, y por lo mismo incompatibles con sus sentimientos, con su conciencia, con toda su fe, con toda su vida. Querían inaugurar una campaña, una guerra religiosa, que ha repugnado al predicador de fe en el poder de la palabra, y al sacerdote de fe en la virtualidad de las ideas. Querían llevarlo todo á sangre y fuego. El P. Jacinto se ha despedido de ellos y ha declarado que la Iglesia Católica liberal de Ginebra, ni es católica, ni es liberal, ni es Iglesia. Pero todos los hombres de recta conciencia echarán siempre en cara al P. Jacinto haber aceptado en su propaganda el apoyo del Estado, al cual sólo debió pedirle garantías para la libertad. O la obra de la renovación religiosa se verifica por la pura predicación, ó no se verifica de ninguna manera. Bien es verdad que para ciertas obras se necesita, no solamente de la voluntad y del pensamiento de los evangelistas, se necesita encontrar disposición y aptitud conveniente en los que van á ser evangelizados. Cuando vino Cristo, los corazones se entregaban á la esperanza; las promesas mesiánicas se divulgaban desde Jerusalén hasta Alejandría; las gentes tomaban por redentor y por profeta al primero que iba al desierto y se ponía de rodillas y en penitencia; las ideas de Isaías relampagueaban en los versos de Virgilio; los profetas volvían á levantarse en sombras augustas por las colinas de Sion y las sibylas por las grutas de Cúmas; lloraban las ondas del Mediterráneo, allá por el cabo Miseno, la muerte de los dioses que las habían hermoñado, y se abrían las puertas de los templos á un viento misterioso como los senos de la conciencia á misteriosas ideas; el Redentor no tenía más que presentarse para ser seguido y aclamado por las gentes. Lo mismo pasaba cuando vino Lutero. Tres siglos lo habían preparado. San Francisco había hecho una leyenda para él; Savonarola y Juan Hus habían muerto, el uno en la plaza de Florencia, el otro en las orillas del lago de Constanza, por prepararle el camino; los cismas de dos siglos lo habían justificado; los

Concilios de Basilea, de Florencia lo habían traído; el mundo lo esperaba, y lo anunciaba el arte; y no tuvo más que presentarse y pronunciar la palabra *Reforma* para sublevar á la conciencia germánica contra la autoridad de Roma. Quizá nuestro siglo no está preparado para una obra así, y los defectos que encontramos en el evangelista sean defectos de los evangelizados. Pero de todos modos, aquellos que se consagren á renovar el espíritu religioso, deben saber que sólo llega hasta los senos de la conciencia humana la fuerza de la palabra, la virtud del ejemplo, la santidad del sacrificio.

EMILIO CASTELAR.

LOS ENEMIGOS ÍNTIMOS. (1)

RETRATOS CASEROS.

La exactitud y la rapidez de la fotografía robaron al arte una industria productiva, que explotaba la vanidad humana; por poco dinero y con gran ahorro de tiempo se retratan hoy todas las clases de la sociedad; ántes, el excesivo precio de la miniatura hacia difícil esta satisfacción personal, tanto más grande cuanto que el pintor embellecía las caras á gusto del consumidor; hoy la luz, artista de más conciencia, copia lo que encuentra en el objetivo, la verdad. Y la verdad, norma de nuestros trabajos, nos ha hecho adquirir una máquina de resultados positivos, con objeto de ofrecer á las familias una galería, que deben estudiar para precaverse de los peligros de trascendencia que trae el roce continuo que se ven obligadas á tener con las personas que vamos á retratar.

Generalmente, andamos por esas calles con la debida precaucion para no tropezar con el ratero que hace el amor á nuestro reloj, con el buscon que se propone sostener su presupuesto á costa del bolsillo de los amigos; con el pirata callejero que pone los ojos tiernos á nuestras esposas y á nuestras hijas, con el duelista que anda á caza de ocasiones para lucir su destreza agujereando el pellejo del prójimo, y con los estafadores de levita que tratan de encontrar lo que no perdemos; esos *enemigos* de la humanidad son temibles, pero hay medios más ó menos conocidos de sortearlos para no caer en las redes que nos tienden; la cautela, hermana de la experiencia, nos saca muchas veces ilesos de las acometidas que á cada paso dan á lo que más queremos: la vida, la honra, el bolsillo, el amor al hogar.

Hay otros *enemigos íntimos*, con quienes vivimos en trato continuo, que comen nuestro pan, que reciben de nosotros favores y dinero, que se apoderan de nuestros secretos, que abusando de la confianza, nos desuelan, nos roban y nos deshonran. Y para esos enemigos, toda cautela es poca, todas las llaves son necesarias, toda la posible comunicacion es conveniente; unos, enemigos pagados, nos venden; otros, enemigos con capas de amigos, nos pierden. La *intimidad* es casi siempre el mayor peligro para la familia.

Los *enemigos íntimos* están dentro de casa; nos sirven mal para cobrar un salario, ó se sientan á nuestra mesa para murmurar de la calidad del plato que generosamente le ofrecemos; esas serpientes que acariciamos, abusando de la necesidad que las impone, ó de la debilidad de carácter que las acepta, acaban por derramar su veneno ó su inmunda baba

(1) El distinguido autor de los *Cuentos de salon* nos ha honrado escribiendo para el CÁDIZ el primer artículo de una serie que formará uno de sus lindos tomos. Damos gracias á nuestro ilustrado colaborador por su fotografía, que deseáramos viesan nuestros lectores reproducida en las distintas posiciones que anuncia.

(Nota de la R.)

en el pecho que les da calor y abrigo. Nos impulsa una idea benéfica: así como la justicia aprovecha el invento de Daguerre para exparcar por el mundo las fisonomías de los criminales, con el fin de que todos les conozcan, así nosotros vamos á presentar la fotografía viva de los *enemigos* de quienes debe precaverse la familia. No es el retrato de personas determinadas, son tipos que todos encontramos á nuestro lado, sin salir de casa, al abrir los ojos por la mañana, al ocupar nuestro asiento en la mesa, al vestirnos, al comunicarnos con las personas queridas, cuya existencia y bienestar nos desvelan. Si nuestro aviso saludable llega á ser provechoso, estaremos contentos, trabajaremos sin descanso por la paz del hogar, por estrechar los lazos de la familia, empresa imposible si no vencemos la barrera que nos oponen los *enemigos íntimos*.

Empecemos por el principio, y perdónese la frase; busquemos al ser humano desde el momento en que abandona el claustro materno que se llama mundo; fijémonos en el vado de la criatura que al nacer protesta contra el abandono de la madre descastada que no quiere cumplir con su deber de madre, ó contra la desgracia que niega á ésta el inefable placer de dar su sangre al hijo de sus entrañas. Allí aparece el primer *enemigo íntimo*, desde aquel momento empieza el hombre á sentir la desventura. Hé ahí el primer retrato de nuestra galería, y como es grande la trascendencia de esa contrariedad, como es importantísima la figura, presentaremos á la *nodriza* en tres copias: vista de frente, de perfil y de espaldas. Todo trabajo nos parece poco para ofrecer el original con la repugnancia que nos inspira y para prevenir los males que su *enemistad* ocasiona.

Después, tenemos ya en las planchas las siguientes figuras:

La niñera.

Las amiguitas.

La doncella.

La suegra.

La cocinera.

Y otras que irán saliendo, si Dios y la máquina nos ayudan.

Hé aquí el primer *retrato casero*.

LA NODRIZA VISTA DE FRENTE.

La nodriza, llamada vulgarmente ama de cria, aunque no sabe leer, contribuye con su óbolo, como todos los españoles, al sostenimiento de esa gigante de la fortuna que se conoce con el nombre de *La Correspondencia*, en la plana de anuncios se encuentran siempre estas líneas:

“N. N. solicita cria para su casa ó la de los padres.”

¿Quién es N. N.?—Una madre en el nombre, una mujer en la apariencia, más ó menos robusta, más ó menos sana, casada ó soltera—pues la declaración de respeto á la moral importa poco á su despreocupada conciencia—que pone á disposicion del hijo ajeno (sea cualquiera, con tal que pague bien) el jugo que la naturaleza y la Providencia, protectora de la criatura humana, aglomeran en sus pechos para alimentar á su propio hijo.

Ahí la teneis, *de frente*, para conocerla mejor. Llega á vuestra casa, sin más ropas que las necesarias para cubrir las carnes, dejando en el pueblo, ó en la buhardilla, todo lo que posee, pues sale por la experiencia del *oficio*, ó de oídas, que el que tiene el mal gusto, ó la triste necesidad, de buscarla para alquilar su persona, contrae el compromiso de vestirla de pies á cabeza para presentarla dignamente, cual objeto de lujo que debe llevar el ostentoso sello de la familia, en cuyo seno cae como estornino en los olivares. Al poner el pie en el salon, su sonrisa delata el efecto

que le produce el mueblaje más ó menos lujoso, porque calcula, en la aritmética rústica que nunca se equivoca, lo que puede producir el plan que va á explotar, examinada su leche, no siempre con la detencion que exige tan importante renglon de la vida, la nodriza, convencida de que ha encontrado lo que la clase de sirvientes en general denomina *una buena casa*, se apodera de ella; y nunca con más propiedad se usó el verbo *apoderarse*, puesto que desde aquel momento, el ama de cria es *ama* de todo y de todos.

Los medios honrados de ganar la subsistencia son aceptables; y aunque la frase parece que no admite excepciones, hay una que el corazon rechaza: la lactancia mercenaria. ¿Es disculpable la madre que abandona su hijo al cuidado de una tercera persona, que le roba su legítimo alimento para coger en sus brazos al hijo ajeno, para prodigarle embusteras caricias, sin oír el grito del alma, la voz de la conciencia, la protexa de la naturaleza, que se levantan contra la madre que al interés sacrifica acaso la existencia del fruto de su amor? Hay quien pretende disculpar el mercantilismo materno, suponiendo que el sacrificio de la nodriza tiene por idea atender al porvenir de su hijo. ¡Disculpa peregrina! ¡Se abandona á la criatura cuando necesita más cuidados, mejor alimento, la vida, en una palabra, para proporcionarle bienestar en época lejana!—La madre no se pertenece; es toda de su hijo; y es inmensa la responsabilidad que contrae quitándole lo suyo.

Madres, que acariciáis con el alma al hijo de vuestro amor, que experimentais la satisfacción más grande al sentir en vuestro seno el calor de aquella cabecita adorada, que tembláis al más leve movimiento de sus nervios, creyendo que puede arrebatároslo la muerte, ¿quereis apreciar lo que vale la mujer que se desprende de su hijo para criar el ajeno? Cerrad los ojos por un instante; ved con la imaginacion unas manos que tratan de robaros aquel pedazo de vuestro corazon para sustituirlo con el de otra mujer; como la leona que defiende á sus cachorros, cubrireis á la criatura amenazada, y en vuestros ojos se retratará la fiera, demostrando lo imposible é insensato de tamaña empresa. No! la leche materna, como la honra, no se puede vender sin dar cuenta á Dios de lo que se roba al hijo que reclama ambas cosas para su vida material y para su vida moral.

Si hay privaciones que sufrir, deben sufrirse con el hijo; se cultiva la tierra para ganar el pan; se trabaja, gozando en el momento del descanso con la dulce satisfacción de mirarse en los ojos del ángel que el cielo le envió para consuelo de sus penas, y cuya sonrisa le compensa de la fatiga de las rudas faenas. Ved á la obrera que sale del taller rendida; ved á la infeliz lavandera, con los miembros ateridos por el hielo, ó los huesos calcinados por el sol estival; llevan en brazos á sus hijos, y la aureola de la maternidad embellece sus rostros; ofrecedles lujo, sibaritismo, sabrosos manjares, por un simple cambio de las criaturas que estrechan contra su seno, y de sus labios se escapará la enérgica protesta del corazon. ¡La maternidad no se vende! ¡La maternidad no se falsifica!

Una vez ajustada y admitida, el ama de cria recibe en sus brazos la criatura y acerca á sus labios el pecho. ¿Qué sentirá en ese momento el alma de la madre al acordarse del hijo que acaso llora en lejana tierra, llamándola para reclamar la leche que ella derrama en otra boca, poniéndole precio? Oh! sí; por desnaturalizada, por poco sensible que sea la fibra de su corazon, debe sentir repugnancia hacia aquella criatura que, como la sanguijuela, se pega á su carne, sin averiguar la procedencia, ni la calidad del alimento que le dan; máma por instinto, para satisfacer la imperio-

sa necesidad que nace con el ser animado.— ¡El interés! ¿Será posible que su poderosa atracción lo ahogue todo, cerrando los ojos del alma y las puertas del corazón?

Si la desventura os obliga á buscar para vuestro hijo una segunda madre, tened presente que no hay más madre que la verdadera; esa actriz, encargada de representar en la casa tan importante papel, es el peor de los *enemigos íntimos* que os rodean; mientras mejor os engañe, más caro lo pagareis; sus mimos son memoriales que hace á vuestro bolsillo, y sus impertinentes exigencias tiros que exaltan vuestro carácter, por dócil que sea. Dejad de corresponder á los primeros ó de satisfacer los segundos, y la criatura anunciará con lágrimas de dolores escondidos el peligro de contrariar los deseos de la supuesta madre.

Pero la figura se ha movido, y la plancha presenta á la *nodriza* en otra actitud.—Vamos á estudiarlo.

TEODORO GUERRERO.

Madrid: Mayo de 1877.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

Á BENITO MARÍA DE LA VEGA.

Qué dirás tú de esta pobre obra mía, tú artista de corazón; tú que con tan elevado criterio, con tan justa imparcialidad aprecias y avaloras en un juicio que se resume en una frase, cada una de las joyas que componen nuestra literatura clásica, ó bien las que enriquecen la literatura contemporánea, que sabes de memoria?...

Si pensara en lo poco que vale, y en los defectos que tú abarcarás con una mirada, no escribiría esta dedicatoria, pero no es mi intención hacer gala de ingenio contigo, que de tan indulgente manera me juzgas, sino ofrecerte una novela, que, si es acaso la peor de las mías, es, en cambio, la más querida, puesto que es la primera que escribo en Cádiz.

Acéptala, pues, y al leerla impresa, júzgala con tanta bondad como has juzgado las cuartillas que emborronaba mi pluma.

Tu amiga adicta,

PATROCINIO.

Cádiz, Mayo, 1877.

AL LECTOR.

Hace poco tiempo visitaba yo, como viajera, el cementerio de la linda ciudad de C....

Siempre ha tenido para mí una gran atracción ese lugar de olvido y descanso, donde los recuerdos surgen como pálidos fantasmas poblando el vacío de esa nada que es acaso la única verdad palpable de la vida.

Los nombres desconocidos que se hallan en los sepulcros de un cementerio que por primera vez visitamos en un pueblo extraño, nos inspiran una veneración mezclada de simpatía.

Diríase que la mirada de nuestra alma quiere penetrar el secreto de la muerte, remover aquellas heladas cenizas, y comprender la historia de cada uno de aquellos corazones, ya deshechos, que han palpitado con la vida de las pasiones y de las esperanzas.

En este día, la tristeza que la proximidad de la muerte inspira, se desvanecía para mí en una melancolía dulce y plácida...

El rumor del mar cercano llegaba hasta allí como un eco de las armonías de lo infinito.

El viento que batía las olas con un movimiento igual y cadencioso, agitaba también las flores del cementerio...

Una meditación vaga, una especie de nebulosidad del pensamiento envolvía mis sentidos. Las ideas, sin luz, flotaban entre la sombra de penosos recuerdos, como esas pálidas estrellas que envuelven los deshechos girones de las nubes.

De repente me desperté de esa especie de sueño del alma, el crujido de la arena oprimida por un pie breve y rápido...

Una mujer vestida de negro, joven, y á lo que pude juzgar, bella, se aproximaba á la galería en que me encontraba.

Un movimiento instintivo de respeto, de temor acaso, me hizo retroceder evitando ser vista por la señora que llegaba.

Mi precaución fué inútil...

Aquella mujer se detuvo junto á los primeros nichos, se puso de rodillas, levantó su velo y oró...

Una viva sensación de asombro sentí al contemplarla.

Me fué desconocida, pero su fisonomía dulce y simpática era de esas que siempre parecen haberse visto antes.

No era, pues, su figura lo que producía mi extrañeza... era la expresión de celeste calma, de dicha sublime, de éxtasis, si se me permite la frase, exparcida en aquella expresiva fisonomía.

Sus manos juntas parecían elevar á Dios una ofrenda invisible; sus labios se agitaban suavemente; y su frente, que iluminaban los últimos rayos del sol, parecía ceñida de una aureola de felicidad.

Sin voluntad, sin conciencia de lo que hacía, atraída por no sé qué misteriosa influencia, iba á aproximarme á la dama desconocida, cuando ésta se puso de pie, abrió con una pequeña llave que sacó de su pecho el cristal que cubría un nicho, y con la mirada empapada de ternura, sin dejar de rezar, según se adivinaba por el leve movimiento de los labios, colocó un objeto blanco y pequeño bajo el ala de un ángel de alabastro que parecía llorar sobre las cenizas que allí se contenían; cerró cuidadosamente, besó la blanca orla de mármol del sepulcro, y dejando caer su velo, se alejó lentamente, subió en un coche que la esperaba y desapareció...

Una curiosidad mezclada de interés me hizo buscar el nicho misterioso, ante el cual ví rezar á una mujer que parecía ser tan dichosa...

El lugar que habían tocado sus labios tenía grabada una fecha: 25 de Marzo: unido á esta fecha, en caracteres casi imperceptibles, se leía: *para siempre!*

Adiviné una historia; pero cuál sería?...

Qué mano era aquella que había trazado una esperanza en las páginas de aquel libro de la muerte, en cuyas hojas en blanco sólo puede grabarse con lágrimas la sombra de una memoria?

Para siempre! No era una profanación, un reto á la muerte, que es la nada, hablar de ese siempre, que es el todo, porque lo que no acaba es lo infinito?

Si aquel ofrecimiento de algo eterno era una promesa, esta promesa había sido hecha á la mujer muerta ó á la mujer viva?...

Cuál de las dos tenía derecho á reclamar aquel *siempre* la que lo realizaba en la eternidad del sepulcro, ó la que lucharía para alcanzarlo con las eventualidades de la vida?...

Qué profundo misterio!...

Pocas veces he sentido un interés tan vivo ante un enigma cuya solución me fuese extraña.

Me disponía á retirarme bajo la impresión que aquella escena me había producido, cuando por la galería en que estaba el nicho misterioso ví adelantar á un hombre.

Un sentimiento de curiosidad me obligó á esperar...

Aquel hombre se detuvo ante el mismo sepulcro que se había detenido la dama; abrió igualmente el marco de cristales que le cerraba, tomó el objeto que poco antes había sido allí depositado, cerró con religioso respeto, besó el mármol en el mismo sitio en que besó la señora, y se alejó...

Fascinada ante aquel misterio, que cada vez se agrandaba á mi vista, no dí un paso ni hice el menor movimiento para ocultarme...

El caballero que adelantaba con el pequeño objeto en la mano, tenía que pasar necesariamente á mi lado.

Conforme se acercaba, mi asombro crecía; era un conocido mío, más aún, era un amigo, uno de esos seres simpáticos para todo el mundo, que inspiran confianza, porque llevan el reflejo del alma en los ojos, y el corazón en los labios.

—Usted aquí! exclamó; cuánto celebro verla, voy á partir y deseaba antes estrechar su mano.

—¿A partir? Cuándo? Por qué? No sabía...

—Amiga mía, me interrumpió, en el hombre civilizado hay siempre algo del hombre salvaje; y ese algo es la ambición, el egoísmo, la avaricia...

—Usted avaro, egoísta y ambicioso! Usted que tiene los sentimientos más nobles y más generosos!... Sin duda se refiere á otro...

—Habla de mí! me respondió con sencillez, y decía la verdad al reconocermelos defectos; sólo que es forzoso advertir que mi ambición es de calma; mi egoísmo de dicha; y mi avaricia de soledad y olvido... y como le mirase con extrañeza, prosiguió: sí, amiga mía, soy feliz, muy feliz, tengo miedo de mi dicha y quiero ocultarla, saborearla yo solo, conservarla *para siempre*, si es posible!

Las palabras que dejó subrayadas me impresionaron vivamente, recordando las que había visto grabadas en el sepulcro: acaso era él mismo quien las grabó, puesto que también parecía unido á él por aquel misterioso objeto que llevaba en la mano.

—Para siempre! exclamé con vivo interés, y señalando al nicho, allí dice lo mismo.

—Allí y aquí, contestó llevando su mano al corazón.

—Ah! era Vd!...

Mi exclamación le arrancó una sonrisa.

—Sí, yo era, no puedo ni quiero ocultarlo: es una historia encantadora que si Vd. conociera sabría utilizar para uno de sus libros.

—Cuéntemela Vd., le prometo el secreto.

—Haré mejor que eso; voy á confiársela.

Y diciendo así puso en mis manos el objeto que tanto había excitado mi curiosidad, y que no era otra cosa que un pequeño cuaderno de papel enrollado y sujeto con una cinta de seda blanca.

—Ella le dejó allí, dije yo sin reflexionar en que se trataba de una persona desconocida.

—Ella!... Vd. la conoce?

—No, pero ví há poco... una mujer...

—Pues bien, sí; esa es la mujer que amo!

Aquí, en este cementerio, ante esos restos sagrados, hay algo que nos une, que nos atrae, que nos encadena el uno al otro...

Vamos á partir, y ha querido confiar la historia de nuestro amor á este sepulcro querido... temiendo yo que en nuestra ausencia fuera profanada por una mano extraña, he venido á recogerla...

—Y me la confías?...

—Por qué no! Vd. es mi amiga y sabrá comprenderla: además, al ver á Vd. he tenido la idea de que estas páginas encantadoras no se pierdan en la nada, he pensado que Vd. pueda hacer de ellas un libro...

Quién irá á buscar en esas hojas que cubra con su nombre, la historia de dos seres que pasan desconocidos entre el torbellino social?...

La oscuridad tiene sus ventajas, amiga mía; la oscuridad es la libertad de obrar, la independencia absoluta!... Las personas célebres no se pertenecen; necesariamente han de dar cuenta á la sociedad, que les forma como un pedestal, de sus actos, de sus obras y hasta de sus pensamientos.

—Cómo! exclamamos sonriendo, la sociedad se atrevería á pedir cuentas de su vida privada á ningún individuo? Esto escapa á todas las celebridades.

—Error, mi querida amiga! error profundo!... El ente moral encarna en la individualidad material; se completan mutuamente; hasta diríase que el uno es responsable del otro...

El espíritu es una especie de poder al estilo de los reyes constitucionales: no gobierna, y por lo tanto, es lo único inviolable que en nosotros existe... El ser célebre es una especie de gusano de luz, que vé pocas cosas, pero que es visto de todos!... Así, ese coro de ociosas inutilidades que pulula en toda sociedad, apenas la luz gira en una dirección, sigue con un ¡ahhh!... de admiración sus movimientos, y se permite interpretarlos...

—Supongo que el gusano, usando de su graciosa definición, seguirá muy tranquilo su camino...

—A menos que no se le interpongan esos monolitos videntes...

—A tanto se atrevería?

—Nada hay más atrevido que la ignorancia...

—Pues perderían lastimosamente el tiempo, porque no hay camino, por estrecho que sea, que pueda cerrarse por completo al que tiene la decidida voluntad de seguirlo... pero nos hemos alejado de nuestra cuestión...

—Es verdad, rogaba á Vd. que publicase estas páginas...

Yo tomé en mis manos el pequeño cuaderno, y al ver su escaso volumen exclamé:

—Pero esto no será una historia...

—Es el epílogo de ella...

—Ah!... y Vd. quiere que yo adivine lo que falta?

—Nada más fácil para un novelista...

—Convenido, cuando de una novela se trata, pero no cuando ha de interpretarse un hecho real...

—Tiene Vd. razón, me dijo pensativo: quiere Vd. permitirme que vaya á contarla los episodios que ahí no se han escrito?...

—Es más, se lo ruego: esta noche le reservaré una taza de té...

—Iré á tomarla; gracias. Hasta la noche!...

Mi amigo se alejó y yo recorrí ansiosa al pie de aquel misterioso sepulcro, las páginas que se me habían confiado, y que, en efecto, formaban el epílogo de una historia.

Dejó un ramo de rosas sobre el sarcófago de *Luisa*, que este era el nombre que en él se leía, y me fui á esperar la narración prometida.

Voy á contároslo, mis queridos lectores, tal como se me ha confiado, sin alterar otra cosa que la forma narrativa, para que no os parezca monótona, y cambiando, como ya supondreis, los nombres de los personajes.

CAPÍTULO I.

La venta del cuadro.

Era una fría y desapacible tarde del mes de Marzo de 1872.

Algunas oscuras nubes surcaban la atmósfera, y un sos-

tenido Levante dejaba desiertas las nunca muy concurridas calles de esta linda ciudad para la cual han agotado los poetas todos los galanos adjetivos de nuestra rica lengua, sin llegar á expresar con ellos el sello de original belleza que distingue á Cádiz, rodeada por las verdosas ondas del Océano.

Una jóven de airoso porte, modestamente vestida de negro, y con un espeso velo de tul sobre el rostro, bajaba con rápido paso por la calle Ancha, seguida de una anciana que llevaba un objeto oculto bajo el característico pañolón que con tanta gracia prenden á su cabeza las mujeres del pueblo en esta parte de Andalucía.

—Estás segura, dijo la jóven con voz tímida y medrosa, que hay un almacén de cuadros en esa calle?

—Segurísima, señorita, si lo he visto mil veces. La jóven continuó su interrumpida marcha, torció por la calle de la Carne, y salió á la de San Francisco.

—Mira, dijo deteniéndose y dirigiéndose á la anciana, llega tú, y yo me quedo aquí y te espero...

—Por Dios!... señorita, qué he de hacer yo sola que no entiendo de pinturas ni de cuentas?

—Nada, preguntar si quieren comprarte este cuadro y pedir por él...

—Cuánto?

—Qué se yo!... Lo que valga un palco en el Principal...

—Un palco! exclamó la anciana con asombro. Un palco!... La señorita Eugenia quiere ir al teatro?...

—Yo, no, contestó impaciente la jóven: es Luisa, y está enferma; es preciso que vaya!...

(Continuará.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCION, REMITIDAS POR SUS AUTORES Ó EDITORES.

Serena, recuerdo de historia y de filosofía cristiana, por el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro. Si el nombre del autor de *Serena* no fuese ya tan conocido en la república de las letras, esta obra por sí sola le daría una reputación.

Profundos conocimientos históricos, que facilitan gran copia de datos para algunos puntos no esclarecidos; riqueza de dicción y frases puramente castizas, sobresalen desde luego en la obra del Sr. Castro, que es más bien que un libro, un magnífico cuadro del principio de nuestra era cristiana, rico de movimiento y colorido.

Véndese en Madrid, en la librería de Don Leocadio Lopez: en Cádiz en casa de los Señores Verdugo y Compañía.

Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Ramon Leon Mainez. Cuanto se refiere al príncipe de nuestros ingenios tiene siempre un interés palpitante para todos los que amen las glorias españolas, y esta obra llena de nuevos datos, de profusos detalles, de atinadas observaciones, correctamente escrita y elegantemente impresa, está llamada á ocupar un lugar en toda biblioteca distinguida.

La edición de *El Quijote* que acompaña á la *Vida de Cervantes*, es una de las más correctas que se han publicado hasta ahora, purificándose el texto y rechazándose las muchas variantes que diferentes editores habían introducido. Tiene nuevos comentarios y notas del Sr. Mainez.

Esta notable edición de la más celebrada obra de nuestra literatura, y que además tiene el mérito de ser la primera que se publica en Cádiz, véndese por su editor D. José Rodríguez y Rodríguez, tipografía *La Mercantil*, Sacramento, 39.

Historia de los conflictos entre la religion y la ciencia, de Juan Guillermo Draper, traducida directamente del inglés por D. Augusto T. Arcimís, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron.

Esta importantísima obra, que dilucida tan trascendentales cuestiones, nada ha perdido

al ser vertida al castellano, ántes bien, creemos que se completa con el magnífico prólogo que lleva, y se perfecciona por la delicadeza en los detalles de la traducción que realzan las bellezas del original.

Véndese en Madrid, librería de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72.

Las trece noches de Carmen, por Teodoro Guerrero (antítesis de la novela de H. Paul de Kock *Las trece noches de Juanita*).

Si á cada novela de las que pervierten el sentimiento moral no ménos que el buen gusto, se opusiera, como hoy lo hace el distinguido escritor Sr. Guerrero, otra que borrase el mal efecto por ella producida, mejoraría en mucho el estado de nuestra literatura, pues el veneno tendría un antídoto. *Las trece noches de Carmen* comienzan una segunda serie de los cuentos de salón, tan populares y tan aristocráticos, y es forzoso confesar que se inaugura de una brillante manera esa biblioteca moral é instructiva, tan buscada por las inteligencias rectas y honradas, como por los amantes de la amena literatura.

El tipo de Carmen, á quien el autor dá el nombre de su madre, es una obra maestra, acaso la más acabada que ha creado el autor de *La nube negra* y de las *Llaves*.

Véndese en Madrid, á 4 rs. en todas las librerías: en provincias 5, dirigiéndose al autor, Claudio Coello 13, principal.

Trúte theorique et pratique de gymnastique, por M. Louis Leuvel: la gran importancia de esta obra, para los establecimientos de enseñanza admitida, nos releva del cargo de recomendarla, limitándonos á agradecer su envío.

Asociación de cervantistas, aniversario CCLX de la muerte de Miguel Cervantes Saavedra.

Un tomo elegantemente impreso que colecciona los notables artículos y poesías al autor del Quijote en una festividad literario-musical celebrada en el salón de sesiones del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz en la noche del 25 de Abril de 1876.

Continuaremos en otro número ocupándonos de las obras recibidas y terminaremos dando las gracias á todos los autores de las mencionadas por las galantes dedicatorias autógrafas con que las dedican á nuestra querida directora.

BRUNETTO.

Á LOS COLABORADORES DEL "CÁDIZ."

Enviamos la expresion de nuestra más sincera gratitud á nuestros distinguidos amigos los ilustres escritores que han de honrar al CÁDIZ con su colaboración, no sólo por la bondad con que han atendido nuestro deseo, sino por los inmerecidos elogios que nos han dispensado, y la aprobacion que nuestra idea les ha merecido.

Sólo sentimos que esta *Revista* no valga en realidad tanto como ellos esperan, y que nuestra direccion no sea tan acertada como han tenido la amabilidad de suponer. De todos modos, siempre tendrá un gran mérito: el de unir, como en un lazo de afecto, los nombres de nuestros más queridos amigos, que son al mismo tiempo nuestros más eminentes literatos, y el de probar nuestro deseo de hacer valer la rica literatura andaluza.

P. DE B.

ADVERTENCIAS.

A los Señores que se han dirigido á esta Administracion preguntando dónde podrian adquirir las obras de la Sra. de Biedma, debemos advertirles que se prepara por el editor Sr. Rodríguez y Rodríguez una nueva y elegante edición de todas ellas, y que se admiten ya suscripciones, sin que deba entregarse el importe hasta recibir los libros. Hé aquí las obras cuyas ediciones están agotadas y que se coleccionarán en tres grandes tomos:

Poesías:—*Guirnalda de pensamientos*; *El héroe de Santa Engracia*, poema épico; *Recuerdos de un ángel*; *Dramas íntimos*.

Novelas:—*Blanca*; *Cadenas del corazon*, con la traducción francesa; *El capricho de un lord*; *La botella azul*; *Las almas gemelas*; *Sensitiva*; *El odio de una mujer*; *El testamento de un filósofo*; *El secreto de un crimen*.

Episodios:—*Dos minutos*; *Fragments de un álbum*; *Desde Cádiz á la Habana*, y *Una historia del mar*.

Los precios se fijarán al ponerse á la venta.

ANUNCIOS.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo primero de la *Segunda serie*, con la novela

LAS TRECE NOCHES DE CÁRMEN,

POR

TEODORO GUERRERO.

(Antítesis de la novela de H. Paul de Kock, *Las trece noches de Juanita*.)

Se vende á 5 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*.—Un tomo.—*El Vello de oro y Fea y pobre*.—Un tomo.—*La manzana de la discordia y El Sueño de la felicidad*.—Un tomo.—*La nube negra*.—Un tomo.—*Madrid por dentro*.—Dos tomos.—*Anatomía del corazon*.—Dos tomos.—Tomando la coleccion, se dá en 32 rs.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 10 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 13, en Madrid, remitiendo el importe.

CANTARES

Y OTRAS RIMAS QUE LO PARECEN,

POR

D. Juan Vila y Blanco.

Un cuaderno de 32 páginas en 8.º con dedicatoria y 238 cuartetas.—A un real de vellón el ejemplar. Se hallará en casa del autor, Angeles, 4 y 6, Alicante.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz el Sr. D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección de D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía *La Mercantil*, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y del extranjero.

La obra consta de 5 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista de suscritores que llevará el último tomo que está en prensa.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL,

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ,

Sacramento 39 y Bulas 8.